

(H)ADAS.
Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean
REMEDIOS ZAFRA (rzafra@us.es)

Editorial Páginas de Espuma, 2013

FRAGMENTO CAP. I

(1) el sonido del tiempo propio

Gusto del sonido de las teclas de este ordenador de manera *casi voluptuosa*¹. Puede que la razón sea que me fascina (o que me asusta, no sabría precisarlo) que la fuerza creadora que percibo frente a él, hable de la increíble potencia humana y que desde esta máquina vislumbre la posibilidad tanto de una vida domesticada como de una posible emancipada. Puede que a dicha razón se sumen las incontables horas que frente a ella oscilo entre el trabajo, la espera, la afición y el descanso.

También a Adela le gustaban los sonidos que emitía su máquina en un tiempo confusamente definido como el tiempo del hogar. La de Adela era una máquina de coser y el sonido se escuchaba hace tres, cuatro y cinco décadas en una casa de un pueblo del sur de Europa. Narraba entonces el compás de la aguja al penetrar su hilado en la tela, entre los brazos, bajo los ojos, sobre la falda y las piernas que, acompasadas, movían el pedal de aquella Singer. Hace años formaban parte del sonido de ese (a veces engañoso) excedente de tiempo de muchas mujeres, cuando hacia la tarde el resto de actividades de la casa se había finalizado. Quedaba ya el tiempo de la costura y en él, el ruido de una suerte de tiempo propio. ¿Alguien duda de que el tiempo propio tiene un sonido especial?

El sonido del tiempo propio «no es triste». No lo es cuando lo convertimos en algo..., probaré a llamarlo -sólo es una tentativa- «afición», (nótese, inclinación o amor a algo, ahínco, empeño). Qué inefable motivación y qué gran satisfacción la de las horas dedicadas y reiteradas a aquello que gusta; similar al momento de despojo de las máscaras cotidianas en la intimidad del lugar donde vivimos. Porque el amor, como todo el mundo sabe, no es exclusivo hacia un cuerpo que late; se ama también una cosa que se hace y que «nos arrastra». Y en esa forma de amor que parece producirnos y reconocernos por fin en la práctica que repetimos, se buscan los momentos del día, o de la noche, para dejarnos ser en lo que nos arrastra.

¿Acaso no hay en esta práctica liminar «continuada», llámese amateur o profesional, una potencia en ciernes para la genialidad humana o, como poco, para eso tan fascinante que nos hace ser «humanos»? ¿Cuántas ilustres creaciones, firmadas y anónimas, o insignificantes pero poderosas para uno,

¹ «Gusto de esos ruidos de manera casi voluptuosa». Roland BARTHES, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Barcelona, Paidós, 2010, p. 35.

hermosas, absurdas, copiadas o sutilmente transformadas con letra, harina, hilo, música, cable o pincel...? ¿Cuántos tiempos perdidos, cuántos inventos, historias, preciosos objetos, vestidos, canciones y pensamientos no han germinado en ese tiempo propio entre los artilugios y máquinas que habitan las paredes de nuestras casas? Isaac Newton en su granja en el *annus mirabilis*², Steve Jobs en su garaje compartido y Adela frente a su Singer.

*No os desviaréis de la mayoría sin un pequeño detalle que empieza a crecer y que os arrastra [...]. Cualquier cosa puede servir, pero el asunto se revela político*³. Gilles DELEUZE y Felix GUATTARI

Un desvío y, entonces, una pasión hacia algo, también un hacer, que seduce y arrastra. Y adonde te lleva, un imperativo, o bien dejar de mirar o mirar desde lo que te arrastra. O bien dejar de crear o crear desde lo que te arrastra.

Para muchas personas empujadas por esta tracción, el único añadido que ha servido para diferenciar la afición del oficio ha sido la formación, que legitimaba un dominio y conocimiento de la actividad realizada y, como consecuencia, su argumentación como base para convertir lo que se hace por gusto en un ejercicio profesional y remunerado llamado empleo; un ejercicio que ha podido funcionar como inspiración e incentivo de un posible proyecto de un futuro, de un reconocimiento futuro.

La formación ha sido a menudo el límite, convertido en hándicap por su tradición y negación estructural a determinadas personas, difuminando otras razones de peso. Una de ellas, que con seguridad iniciaría una posible lista, se presenta como una voz interior que suena en este tiempo desde el que me pronuncio. Esta razón hablaría del *género*⁴ de quienes ejecutan esa variable actividad llamada afición en un tiempo y espacio propios, de manera en muchos casos indiferenciada de otras tareas que las mujeres han realizado diariamente en las casas como parte del *prosumo*⁵ doméstico; distinguidas, las primeras, acaso por una predisposición de deseo y satisfacción en ellas.

No es trivial este asunto de las diferencias y fusiones entre la afición y el trabajo, asunto también del tiempo propio y de lo que en él hacemos, de los nombres y máquinas que en él manejamos, y de las posibilidades que esos nombres y máquinas abren o niegan. Esa vana costumbre que nos inclina(ba) a ese aparato, a esa centralidad o a esa esquina.

² En la Historia de la Ciencia el uso de la expresión *annus mirabilis* para, entre otros, el 1666 (año en el que diversas catástrofes asolaron Londres) se debe a la coincidencia en ese momento histórico de una documentada revolución científica en la que Newton tendría un papel esencial. Uno de los puntos culminantes fue la concepción de la Teoría de la Gravitación Universal y de algunas innovaciones en óptica y cálculo atribuidas a Isaac Newton que por temor a la peste había huido de Londres y se había refugiado con su familia en una granja de su propiedad, alejado del ambiente académico y científico de la ciudad. Allí desarrolló y culminó todo tipo de experimentos y descubrimientos como las bases de la mecánica clásica, la formalización del método de fluxiones y la generalización del teorema del binomio, poniendo además de manifiesto la naturaleza física de los colores.

³ Gilles DELEUZE Y Felix GUATTARI, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos. 1994, p. 292.

⁴ Entendido aquí como diferencia sexual culturalmente construida.

⁵ En este libro nos referiremos por *prosumo* a la actividad situada entre la producción y el consumo en la que tradicionalmente se han enmarcado las tareas domésticas en el ámbito de la antropología económica. Este concepto se desarrolla con algunos otros matices y acepciones relacionados con el consumo cultural y vinculado a Internet en el capítulo III (*Prosumir*).

No lo es, en primer lugar, porque la tradición de las tareas asociadas a determinados espacios está siendo transgredida hoy con las redes, fusionando muchos de estos límites y difuminando aún más las diferencias entre afición y trabajo. No es trivial porque la afición cuando ha sido tecnológica y creativa nos habla del singular recorrido de quienes hoy acumulan el poder en Internet, de muchas maneras también el poder en el mundo. Me refiero a aquéllos que inventan, programan y negocian con los espacios que territorIALIZAN y construyen la red; espacios donde se gestan nuestros deseos y relaciones online, donde acontecemos como sujetos en un mundo irreversiblemente conectado.

A nadie pasa desapercibido que las más poderosas empresas que se alzan en el siglo XXI tienen su origen en las aficiones convertidas en trabajo de «hombres jóvenes y emprendedores de la informática y la tecnología», cuyos perfiles son llamativamente similares. Si los creadores de *Google*, *Facebook*, *YouTube*, *Apple* o *Microsoft* hubieran sido ancianos posiblemente no llamaría tanto la atención, pese a lo distintivo de la focalización del éxito creativo hoy en edades tempranas. Pero si fueran mujeres todo apuntaría hacia una muy peculiar seña de identidad común. Dejarían de ser los creadores en abstracto para pasar a tener cuerpo y sexo. Si fueran mujeres es probable que alguien se habría ocupado ya de contar con empeño su historia íntima y de describir con detalle sus cuerpos, peinados y vestimentas (imaginen ese giro, imaginen su vida posible, sus nombres posibles, pongamos por ejemplo: *Mara ZuckenberG*, *Stella Jobs*, *Vilma Gates*...). No es trivial y me interesa porque me punza, porque siento que el género de los tiempos y de las tecnologías nos hablan de las condiciones del *ser* y del *poder ser* hoy con las máquinas que manejamos, si partimos de una posición que es política y no es estática, la de las «mujeres» que, pongamos un límite fluido, crean, programan, *prosumen*, teclean.

He sido algo torpe menospreciando estas diferencias y enfatizando el sonido del tiempo propio (que no es triste). Probaré a enmendarlo entonces, insistiendo en las distinciones, de haberlas, de las aficiones tecnológicas, preguntando ahora por las máquinas y artilugios que hoy les incumben y rodean, por las personas que los usan, pero también por la visibilidad y carácter de los lugares donde estas prácticas acontecen.

Y las respuestas, a veces visibles pero casi siempre calladas, hablarían de máquinas atravesadas por las sombras del poder, vinculadas con futuros trabajos que a veces son empleos y a veces no, que aluden a valores distintos y a tradiciones diferenciadas para las mujeres; también a peculiares tecnotopías del hogar donde podríamos identificar desde el cuarto de los trastos o el garaje, hasta la habitación de la máquina de coser o la cocina, y más recientemente los «cuartos propios conectados»⁶; espacios de intimidad y concentración, en apariencia ecúanimos para los sujetos con independiencia de sus cuerpos, donde disponemos y manejamos todo tipo de dispositivos electrónicos portátiles, pequeñas fábricas materiales de experiencias, juego, consumo, comunicación, trabajo y producción de cosas inmateriales.

⁶ Desarrollo esta idea en mi ensayo *Un cuarto propio conectado*, publicado por la editorial Fórcola en 2010.

Me parece que estas habitaciones propias conectadas donde el sonido de nuestro tiempo no es triste, incluso donde es posible el silencio, no harían sino desvelar que la localización de la topía creativa está siendo parcialmente transgredida con Internet y con la erosión de las dicotomías trabajo y ocio, profesión y afición, pero también con la que contraponía lo público a lo privado, transformando la visibilidad y el destino potencial de cada práctica. ¿No son acaso estos lugares en sus versiones pre-digitales los espacios que acogieron la realización de muchas de las producciones creativas de letra, hilo, música o pincel que les sugería? Obras creativas cuya pretensión y destino no iba más allá de ser mostradas a los hermanos y padres, a las personas más cercanas, esos familiares que nos visitaban inesperadamente y que rodeaban y alababan forzosamente un dibujo, o que escuchaban pacientes nuestra canción; esos amigos que miraban la maqueta de un invento nunca desarrollado; esa tía que decía querer una bufanda igual a la que nos había tejido nuestra madre, aquel vecino que siempre decía tener un familiar que también escribía, cantaba o que pintaba cuando compartíamos con él nuestra afición...

Personas cercanas que orbitaban en torno a obras producidas con pasión en espacios privados, caracterizados por lo que Barthes llamaba una visibilidad «reducida»⁷, atributo con el que identifica a la afición, antes de aparecer las redes. Una visibilidad reducida que ahora es transgredida al convertirse los espacios privados creativos en tecnotopías como las habitaciones conectadas, donde la visibilidad es fácilmente aumentada, multiplicada y extendida hoy en ojos y pantallas posibles, deviniendo «otra cosa».

Y se trata de algo todavía indefinido, en tránsito, algo que acontece en el *ahora*. «Otra cosa» que hace pensar que la plena disposición de conocimiento y de herramientas digitales de acceso, producción y distribución parecen dar hoy a la voluntad y el deseo por conocer (y hacer) mayores dominio y expectativa de la producción creativa a través de la tecnología, o de la mera expresión subjetiva y su proyección pública; especialmente en contextos ya no predefinidos ni diferenciados como lugares de formación, trabajo, descanso u ocio. (Y mientras lo escribo y lo cumplo, resuena en mi cabeza la nota a pie que un estudiante incluía hace unos meses en su proyecto final: «Este trabajo está realizado íntegramente desde mi cama», rezaba en la página número dos). Pero pasa que la disposición de conocimiento y herramientas que les sugiero «parecen dar» a la voluntad y el deseo un mayor dominio de la producción creativa, pero me da la impresión de que hay un espejismo en todo esto cuando me posiciono del lado de la *potencia*. Aquí las cosas no están del todo claras. Porque tampoco es cosa simple delimitar a qué llamamos hoy producción y consumo a través de la tecnología, a quién incumbe, a qué nos orienta y qué limitaciones siguen favoreciendo, como herencias implacables de «un mundo», los lugares y los tiempos, los dispositivos y los cuerpos desde los que jugamos, amamos, aprendemos y experimentamos con la tecnología. Porque, ¿acaso a amar también se aprende?, ¿quiénes amamos y qué amamos de las tecnologías que hoy usamos? ¿Qué posibilidad de uso, determinación o

⁷ Roland BARTHES, obra citada, (2010).

de apropiación emancipadora permiten las herramientas y espacios de nuestras vidas cotidianas bajo el sonido de nuestro tiempo propio?

Dejo pasar el ruido de las cosas que no me interesan y reitero, sí, el sonido de las máquinas del tiempo propio no es triste, pero me permitirán esta sospecha, que el tiempo propio es distinto para unos y para otros, que no suena igual. Y su eco pareciera tan cargado de potencias y consignas invisibles pero diferentes en función de las identidades que nos conforman, que a priori no sabría discernir cuándo el sonido de las teclas martillea y domestica y cuando emancipa, cuándo y cómo toleramos el poder invisible de la tecnología en la apropiación de tiempos de nuestra vida cotidiana. Porque pareciera que no es tanto que actúe como potencia que niega y dice «no», sino más bien que actúa como potencia que atraviesa las cosas de los días, produciendo hábitos, heridas, filias e imaginario, suscitando saber y placeres, repitiendo un mundo y unas periferias.

Y a mí me gusta el sonido de las teclas porque, entre otras muchas cosas, ellas me permiten escribir para reivindicar el poder político que acompaña a esta periferia, para hacerlo compartido y enfrentarlo desde la escritura, para hacer reflexivas algunas de las condiciones en las que se relacionan las mujeres con las máquinas y la creación a través de los clásicos y contemporáneos aparatos de gestión de la vida cotidiana. Por eso les propongo algo. Probemos a cambiar la cosa de sitio, a mirar de otras maneras.

Fragmento extraído de:

(h)adas. Mujeres que crean, programan, *prosumen*, teclean ©

Remedios Zafra (www.remedioszafra.net)

Editorial Páginas de Espuma, 2013

<http://paginasdeespuma.com/catalogo/hadas/>